

recidos antes en las revistas *Filosofía* y *Letras* y *Humanismo*, en beneficio de sus alumnos y discípulos.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano

DÁMASO ALONSO, *Dos españoles del Siglo de Oro*. Ed. Gredos, Madrid, 1960; 257 pp.

Este libro hubiera sido gratisimo a don Francisco A. de Icaza. Los temas que ventila son hermanos de los que, con semejante humanidad, desarrolló nuestro cervantista más grato. Recordemos sus estudios sobre Mateo Alemán, Gutierre de Cetina, Cervantes, Juan de la Cueva, Salas Barbadillo y Lope de Vega. Las investigaciones de Icaza representan lo más avanzado de la crítica de entonces. En cierto aspecto, este libro de Dámaso Alonso viene a completar el cuadro de tareas similares. Igual cosa podría decirse respecto de Ruiz de Alarcón, de quien Dámaso Alonso aporta valiosas noticias. Estos datos esclarecen o amplían los que exhumó la erudita norteamericana Dorothy Schons.

No cabe duda: nuestra vida virreinal cada vez aparece, a los ojos del historiador, más vinculada —no se quiere decir supeditada— al mundo de la Metrópoli. Aquella convivencia pudo, acaso, producir una modalidad común, indestructible. Pero el destino de los pueblos tiene sus leyes, y las dos patrias se bifurcaron e hicieron su camino. Es muy bueno, pues, advertir la realidad de estos originales lazos de vida y de ensueño.

Las páginas dedicadas a don Juan Hurtado de Mendoza no pueden ser más lúcidas y convincentes, sobre todo si las comparamos con la escasa información que nos proporcionan los manuales literarios, los más, como se sabe, basados en meras copias de copias. El otro personaje, don Alonso Tello de Guzmán —tan casi nuestro— tiene las características de un prócer un poquitín apicarado.

De ambos personajes habla Dámaso Alonso con doble maestría: la que se desprende de una bien digerida erudición y la que atañe al buen decir. (Esta última en extremo rara entre los eruditos de ahora y tal vez de siempre.)

El primer sujeto pertenece al siglo xvi y el segundo al xvii. Don Juan Hurtado de Mendoza tuvo la feliz ocurrencia —insólita ocurrencia para aquellos tiempos sumidos en raíces españolas y en la copia inteligente de lo italiano renacentista— de provocar el acercamiento de la poesía francesa. Este acercamiento hace que Dámaso

Alonso realice un donoso juego de confusiones con la poesía de Rubén Darío. Un dato sabio que el autor recoge es el relativo al lenguaje hablado en el Madrid del siglo xvi, que tiene mucho que ver con aquella hibridez de las viejas convivencias del castellano y del mozárabe en el predio de la Castilla Nueva. Lo principal de la vida de Hurtado de Mendoza está apuntado con mesura y exactitud: su familia, sus amistades, sus relaciones con el Ayuntamiento de Madrid, sus estudios tanto del castellano como del latín. Pero el *Buen plazer trobado*, con toda su influencia francesa —más externa que interna, por lo que se lee— apenas si es delicioso ejercicio de un hombre curioso, auténtico producto de Castilla.

Sabio resumen nos presenta Dámaso Alonso acerca de los posibles autores de la famosa *Epístola moral*, para concluir que pertenece, sin duda alguna, a Andrés Fernández de Andrada. Y respecto del *Fabio* a quien va dirigida la *Epístola*, bien claro resulta, por palabras del propio Fernández de Andrada, que es nuestro Alonso Tello de Guzmán.

Las peripecias del nombramiento y del viaje de Tello de Guzmán a México están contadas con pormenores que —con ser muchos—, lejos de fatigar, incitan la curiosidad del lector, virtud que convierte la erudición en arte de galano saber. Es de notar el partido que Dámaso Alonso ha sacado de la insondable fuente de las Actas del Cabildo de México, paleografiadas a fines del siglo xix e impresas por la famosa editorial de Aguilar Vera. Digo que es de notar, porque salvo algún investigador acucioso, nadie se ha acercado a tales documentos.

Los dos personajes tuvieron, diríamos, pasión por el urbanismo, por engalanar las ciudades en donde vivieron. Es fama que Hurtado de Mendoza intervino, con el Ayuntamiento de Madrid, en no sé cuántas mejoras de la ciudad, que aún se recuerdan. Y Tello de Guzmán se desvivió por adecentar nuestro México. Dámaso Alonso dice con razón: “Espero que no se le olvide cuando de la historia de la ciudad de México se trate.” Por desgracia, o se le ha olvidado del todo o sólo se le menciona por ahí como de pasada; cosas de nuestros historiadores de tipo anecdótico y de acendrada ociosidad espiritual, como dice Pérez de Ayala.

Estos hombres tienen, dentro de su clase, un sentido español de permanencia y arraigo. Cada uno en su campo, sin mayores brillos personales, quiso perpetuar el valor y la dignidad de sus ciudades, hacer que fueran el definitivo asiento del poder y centro orgulloso de la patria. Tal actitud era como una réplica, respectivamente, al espíritu nómada de la corte española y del complejo feudalismo

—con imperio y todo— del período indígena. Dámaso Alonso nos dice que sólo nos proporciona fragmentos de la vida de sus sujetos. Al decir esto no advierte que tales fragmentos, por su contenido esencial, son la vida misma de sus personajes y son algo más: el clima del lugar y del tiempo en que les tocó actuar.

Leyendo el libro de Dámaso Alonso se reviven aquellos tiempos, no como un compacto período de idealidad histórica —manía romántica que han ejercitado muchos de ahí y de aquí—, sino como un conjunto de hechos que tanto participan de lo lírico y de lo casi intangible, como de lo vulgar, de lo pedestre y de lo cotidiano. Para mi gusto y mi sentir, en esto estriba el más alto mérito del libro: en que nos sitúa en la realidad de un período histórico y nos descubre, como al desnudo, a sus dos tipos tal cual fueron y no tal cual imaginamos que debieron de haber sido. En fin, el libro de Dámaso Alonso no tiene desperdicio; todo en él descansa en buen saber, y todo él parece como si volara a una zona de poesía; quiero decir, a una zona en la cual no se sabe, a Dios gracias, lo que se intuye, lo que se prueba y lo que se sueña. Buen libro, en verdad.

ERMILO ABREU-GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras

JOSÉ PASCUAL BUXÓ, *Góngora en la poesía novohispana*. Imprenta Universitaria, México, 1960; 115 pp.

Como séptima publicación patrocinada por el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, apareció el año próximo pasado la tesis de José Pascual Buxó: *Góngora en la poesía novohispana*.

En su introducción se parte del "odio antiguo" al cordobés, que denunció Adolfo de Castro, y de la que llama "crítica oficial" —la de Francisco Pimentel, José María Vigil y varios de los modernos historiadores de la literatura mexicana—, para llegar al momento presente. Éste se significa por el retorno a Góngora, en el que habían de participar, con algunos críticos extranjeros, Alfonso Reyes, Ermilo Abreu Gómez y, en forma decisiva, el doctor Alfonso Méndez Plancarte.

En sus advertencias, José Pascual Buxó reconoce la deuda, indudable, hacia Dámaso Alonso, "que ha desentrañado tantos aspectos de la poesía de Góngora", y hacia Méndez Plancarte, "sin cuyos *Poetas novohispanos* ni este intento hubiera sido posible".